

Solidaridades caribeñas en la violenta aventura del Canal de Panamá

Maryse Renaud

Estudió en l'École normale supérieure de Fontenay-aux-Roses. Catedrática de español en la Universidad de Poitiers. Doctora en Literatura Hispanoamericana. Ex responsable del Seminario de Literatura Latinoamericana del C.R.L.A. (Centre de recherches latino-américaines de l'Université de Poitiers). Autora de numerosos artículos sobre literatura hispanoamericana, en los cuales aborda figuras como Borges, Carpentier, Asturias, Uslar Pietri, Adoum, Onetti, Mempo Giardinelli, Felisberto Hernández, García Márquez, Roa Bastos, Pablo Urbanyi, María Rosa Lojo, Rodrigo Soto, Andrés L. Mateo, entre otros.

Es autora de textos ficcionales como *En abril, infancias mil*, cuentos, 2007; *El cuaderno granate*, novela, 2009; *La mano en el canal*, novela, 2012; los tres publicados por Corregidor, Buenos Aires. Además, *Junglas*, novela, Editorial Verbum, Madrid, 2014; y, *Relato de ceniza*, Editorial Verbum, Madrid, 2016.

Correo electrónico: majorenaud@club-internet.fr

Resumen

Cómo Martinica, o sea, la Francia de ultramar, entra en contacto directo a partir de 1904 con los reclutas colombianos y panameños del Canal de Panamá, desde el barracón y su miseria, a través de una experiencia amarga y solidaria a la vez. En la metrópoli, en cambio, no pasa de libresca la relación de los franceses con Colombia.

Palabras clave: Martinica, erupción, copos, circo, Canal, Guerra de los Mil Días, Arístides, barracón, colonia.

Caribbean Solidarity in the violent adventure of the Panama Canal

Abstract:

How Martinique, that is, overseas France, comes into direct contact from 1904 onwards the Colombian and Panamanian recruits of the Panama Canal, from the barracks and their misery, through a bitter and supportive experience at the same time. In the metropolis, on the other hand, the relation of the French with Colombia does not pass from bookish.

Keywords: Martinique, eruption, flakes, circus, Channel, War of the Mil Días, Aristides, barracks, colony.

Francia, es cosa sabida, siempre ha demostrado curiosidad por Latinoamérica, a menudo llamada popularmente América del Sur, como si Mesoamérica no formara parte del continente latinoamericano. México se percibe frecuentemente, en efecto, desde las márgenes del Sena, como parte de la América del Norte. Pese a estos errores enojosos, hasta puede afirmarse que de alguna manera Francia ha contagiado el interés por Latinoamérica a los principales países europeos, o por lo menos ha contribuido a llamar la atención sobre aquélla. Se fue construyendo en Francia, con los años, un verdadero conocimiento latinoamericanista que se fue institucionalizando (Bertrand, 2013, p. 9-14). Un hito importante fue la creación del Institut des Hautes Études de l'Amérique Latine, IHEAL, en 1954. Y si hubo momentos flojos como durante y después de la Segunda Guerra Mundial (de 1939 a 1959), no tardó en reanudarse el interés por lo latinoamericano.

En los años 80 del pasado siglo, por ejemplo, se notó un notable incremento del número de tesis doctorales sobre América defendidas en las universidades galas, así como la multiplicación de publicaciones y artículos, que vinieron a sumarse a los clásicos estudios de los años 60, como *Les 20 Amériques latines* de Marcel Niedergang (1969), y a prestigiosas revistas académicas como *Caravelle* o *Les Cahiers des Amériques latines*.

Nada tiene de extraño esta pasión por América Latina, si está histórica y culturalmente anclada Francia desde 1635 en el Caribe, fecha de la conquista y el asentamiento de los primeros colonos franceses en Martinica y Guadalupe¹. Dos colonias a las que, en 1945, terminada la Segunda Guerra Mundial, fue otorgado el estatuto de departamentos de ultramar. Actualmente son oficialmente «departamentos franceses de América». Además, si nos remontamos a la post-independencia, bien sabemos que, sacudida la tutela política española a comienzos del siglo XIX y repudiada casi visceralmente su influencia cultural, se asistió a un profundo cambio de modelos, de paradigmas. Francia, lo mismo que otras naciones europeas (entre las cuales Inglaterra) se convirtió para las nuevas naciones emancipadas en todo un faro cultural. El viaje a París, ya imprescindible en la clásica formación de los criollos acaudalados del siglo XIX (véase el caso emblemático de Bolívar) se generalizó, haciéndose, por así decirlo, más democrático y accesible, aunque no tanto como hoy, por supuesto.

En los años 30, por ejemplo, coincidieron y se hicieron amigos en París el venezolano Uslar Pietri, el cubano Carpentier y el guatemalteco Asturias. Por toda clase de razones —políticas, culturales, personales—, también pasaron posteriormente por la capital, y se instalaron en ella por algún tiempo, colombianos hoy célebres como el mismo García Márquez, Álvaro Mutis, Jorge Zalamea, entre otros. En tiempos más recientes,

¹ El 28 de junio de 1635 Charles Liénard de l'Olive desembarca en Guadalupe y emprende la colonización del territorio ; a los pocos meses el filibustero, o mejor dicho el corsario normando Belain d' Esnambuc, con 150 acompañantes y valido de una patente real, pisa a su vez el litoral caribeño de Martinica, donde erige un fuerte —a partir del cual habrá de desarrollarse la ciudad de Saint-Pierre.

citamos al sociólogo, periodista y escritor Alfredo Molano, quien adelantó sin concluirlos estudios de tesis doctoral en los años setenta —fue en 2014 cuando recibió el grado de doctor *Honoris Causa* en sociología en la Universidad Nacional de Colombia, en Bogotá—. Entre los años ochenta y la actualidad, figuras relevantes de la literatura colombiana como Santiago Gamboa, Héctor Abad Faciolince, Juan Gabriel Vásquez o el ya fallecido Óscar Collazos, sólo por citar algunos, vivieron en París o lo frecuentaron.

Es pues una relación recíproca de amistad, de amor, no desprovista de matices, la que une de tiempo atrás Francia y América latina. Con frecuencia, no seamos ilusos, ha primado el interés comercial como, por ejemplo, en la primera etapa de la construcción del Canal de Panamá, cuando ésta se encontraba liderada por los franceses (hasta 1904), en tratos necesariamente con las autoridades colombianas. Autoridades conservadoras que gozaban, además, de un apoyo político-militar de parte del gobierno francés desde hacía ya algún tiempo.

Los colombianos quizás puedan dar la impresión de haber tardado más que otros países en llamar la atención de Francia. Es evidente que, por poseer tierras en el Caribe insular, Francia no podía menos de posar la vista primero en las demás islas de la zona (Cuba, Puerto Rico, Haití, República dominicana, en menor medida). El Caribe insular tendió a opacar un poco la existencia misma del Caribe continental, y para el caso de la costa caribeña colombiana, que para el gran público apenas si existía, hasta que surgieron magistralmente Gabriel García Márquez y su Macondo tropical. Esta afirmación, sin embargo, debe ser matizada, pues Colombia no se reduce a su costa caribeña, ni mucho menos.

Desde el siglo XIX la multifacética Colombia, con sus llanos, sus cordilleras, sus ciénagas, su selva, sus sabanas, sus ríos caudalosos, llamó la atención de los científicos (Melo, 2016): de Humboldt y también de geógrafos franceses como el libertario Elisée

Reclus, por ejemplo, autor de *Voyage à la Sierra Nevada de Sainte-Marthe*, publicado en 1861², donde relata su aventura colombiana. En cuanto a su pasado precolombino y colonial, en el siglo XX no dejó de despertar en el público galo curiosidad y hasta fascinación. ¿Quién no ha tenido la oportunidad de leer en la prensa francesa artículos sobre el oro de los Quimbaya, el Museo del Oro de Bogotá, la ciudad amurallada de Cartagena, las tropelías de piratas y corsarios de variopintas nacionalidades?, en los que se mezclan información histórica y mito, ciencia y fantaseos exóticos y épicos engendrados por el imaginario, el inasible El dorado de los conquistadores españoles. Si la prensa contribuyó a familiarizar la imagen de Colombia —una imagen algo reductora, no exenta de ciertos estereotipos efectistas aún vigentes (narcotráfico, violencias, secuestros) —, es, sin embargo, el arte —el de un Botero, por ejemplo, exhibiendo en 1992 sus rozagantes esculturas en los Campos Elíseos por varios meses—, es la literatura la que mejor les permitió a las élites cultas adentrarse realmente en los recovecos de la tumultuosa historia de Colombia, comprender su sensibilidad singular. Gracias sean dadas a los traductores que abrieron el camino e hicieron posible, desde los años 50, la lectura de grandes obras como *La vorágine* de José Eustasio Rivera, o la romántica *María* de Jorge Isaacs³, revelándonos la existencia de universos estéticos fuertemente contrastados.

Demos ahora un salto hasta los años 60, que confirman con creces el poder de la literatura, que no van a discutir, supongo, los valiosos escritores aquí reunidos que nos hacen el favor de guiarnos de la mano para que comprendamos mejor las complejas realidades de la tierra colombiana, más allá de sus obstinados silencios. El astro, por excelencia, que hizo saltar a la primera plana el nombre de Colombia, que deslumbró al público europeo, fue evidentemente el costeño García Márquez, premio Nobel de literatura 1982 —por muchas polémicas que haya suscitado más tarde el «realismo mágico» en el

² Por la Editorial Hachette.

³ Cf. el volumen *Colombie à cœur ouvert*, coordinado por Olver Gilberto de León y Jorge Eliécer Pardo, Éditions François Majault, 1991.

ámbito literario⁴, por muy fuerte que haya sido en algunos el deseo de matar al Padre. García Márquez, dicho sea de paso, cuya entrañable *Crónica de una muerte anunciada* ha tenido aquí una curiosa historia: su título ha dado pie, en Francia, a una serie de fórmulas casi mecánicas, estereotipadas, del tipo «crónica de una derrota anunciada», «crónica de un desastre anunciado», «crónica de esto y de lo otro...», o vagamente paródicas, recordando con cariño y una pizca de humor el origen literario de la cita.

Y la nave va; avanza la literatura colombiana con empuje y gracia, ofreciéndonos hoy en sus ficciones novelescas, sus crónicas, sus historias de vida, sus intrigas policiales, su poesía, nuevas oportunidades de reflexión y admiración.

Pero la literatura no lo es todo y Francia tampoco se limita al Hexágono. Si tienen fundamentalmente los habitantes del mismo un conocimiento libresco de Colombia, separados como están de ella por más de 8000 kilómetros, la Francia de ultramar — Martinica para el caso, mi tierra natal— vivió concretamente, en las primeras décadas del siglo XX, con colombianos, con panameños recién constituidos en nación independiente, con los habitantes de todo el Caribe, más allá de las diferencias de idioma y de algunas fugaces susceptibilidades nacionales, una experiencia común de esfuerzo, sufrimiento, humillación y solidaridad.

“El viaje tocaba a su fin. Desde el fondo del barco subía un entrevero de exclamaciones y comentarios gozosos.

—*Nou té rivé, mesyé* —los haitianos eran los más impacientes por llegar a destino. Intercambiaban con la gente de las demás Antillas francófonas ojeadas brillantes de complicidad.

⁴ Especial desde Poitiers/Maryse Renaud, «Amores y desamores del realismo mágico», artículo publicado el miércoles 24 de marzo de 2010, en el Montevideoano-Laboratorio de Artes.

—*Nous ka entré Colon, lève manmaille-la*—coreaban en el criollo de su tierra tres jóvenes martiniqueses con los brazos alzados en son de victoria.

Los cubanos y jamaicanos, a los que se había sumado un grupito de muchachos tímidos de Barbados, subidos a bordo en Bridge Town en la última escala, se mantenían en silencio, como molestos por esas efusiones de las que no podían ser partícipes. No tardaron en agruparse los hombres por nacionalidades e idiomas, no sin empujones, y la larga fila de los reclutas se dispuso a lanzarse escaleras abajo, ávida de conocer a esa Compañía americana que venía asumiendo ahora la construcción del canal y del ferrocarril” (Renaud, 2016, p. 155).

Caribeños, estos martiniqueses y guadalupeños, caribeños insulares, ignorantes en su mayoría del Caribe continental, de sus vecinos, son los que van pues a entrar en contacto íntimo, de modo imprevisto y brusco, aleatorio, con los de la tierra firme, como lo di a entender en mi última novela⁵, *Relato de ceniza*.

En la construcción del Canal de Panamá bajo la férula norteamericana, a partir de 1904, tras la quiebra de Lesseps (alias El Gran Francés) y el abandono del erróneo concepto de canal a nivel, se va a dar el encuentro. Van a coincidir los trabajadores martiniqueses —precisamente aquellos de la Martinica damnificada del Norte, de esa ciudad de Saint-Pierre pulverizada por la erupción de 1902— con los colombianos pobres, los pelados exiliados en lo que poco antes era su propia tierra, reducidos ahora a la condición de migrantes contratados por la Compañía estadounidense. Involucradas en la violenta aventura de la construcción del Canal —marcada por corrimientos, inundaciones, epidemias, una elevada tasa de mortandad y frecuentes accesos de nostalgia de parte de los reclutas—, la Francia de ultramar, herida en su carne, y la Colombia amputada aprenderán a conocerse en la promiscuidad del barracón, como le sucede al moreno Cyparis, el joven protagonista martiniqués, único sobreviviente de la erupción, y a su amigo colombiano Arístides.

⁵ *Relato de ceniza* fue elegido —modestia aparte—por la crítica argentina especializada entre los mejores libros del año 2016. La escritora María Rosa Lojo elige "Relato de Ceniza" entre los mejores libros del 2016 (Méndez, 2016).

MARTINICA, por una parte: colonia francesa castigada por la erupción del Monte Pelado, 1902, que fue la más grande catástrofe natural del siglo XX (26000 muertos en menos de diez minutos, asfixiados y quemados por la nube ardiente). Por culpa de las autoridades criollas y de la pasión electoral, ya que éstas se empeñaron en que se votara en Saint-Pierre en elecciones legislativas parciales, pese a la clara amenaza presentada desde hacía varios meses por el volcán (cenizas calientes a todas horas, fisuras en el suelo, inundaciones, fuga de los animales domésticos, etc.) Por culpa también de la metrópoli cómplice, del poder colonial indiferente, que no tardaría en desentenderse de este territorio damnificado. La ciudad arrasada fue totalmente abandonada, de modo oficial, por largos años (de 1902 a 1924) y entregada a la voracidad de particulares venidos de toda Martinica y hasta de las islas vecinas con la socorrida excusa de rescatar a sus muertos. De ahí la escena esperpéntica del cementerio:

“Comenzaba a respirar algo mejor cuando lo sobrecogió una sorda vibración que renovó instantáneamente sus temores. ¡La montaña! Levantar la cabeza y erizársele la piel fue todo uno. No era culpable, sin embargo, el cráter despanzurrado del volcán. De las lomas del norte, de las callejuelas perpendiculares al litoral, del sur también, acudían largas filas heteróclitas de hombres y mujeres, inclinados hacia adelante, mal vestidos, grises de polvo bajo el gran cielo añil, ávidos de revancha. Avanzaban implacablemente como hormigas carniceras: la ciudad entera parecía haberse puesto a temblar.

Soplaba una ligera brisa que traía hasta Cyparis retazos de conversaciones rebotando en la piedra dura del camino. Hablaban bajito, sin embargo, raras veces en francés. En criollo, con inflexiones propias de Martinica y Guadalupe e incluso con el acento cantarín de las islas anglófonas, impresionados a pesar suyo por la santidad del lugar que se disponían a profanar.

Confluían todos hacia el cementerio en ruinas: éste con su pico, aquél con su azada, otros con tijeras de jardinero o un mero cuchillo de cocina, cargando una alforja grande los más optimistas, ansiosos de echar abajo el destartado portón y de lanzarse al asalto de las tumbas que los sacarían por fin de pobres. Los más jóvenes, desatendiendo el orden de la cola, iban saltando sin escrúpulos por encima de las tapias terrosas. Eran bastante numerosos los que ya se habían abierto paso en el recinto del camposanto y puesto manos a la obra. En un quítame allá esas pajas levantaban las lápidas, fracturaban las que se les resistían, hurgaban a manos llenas en los sepulcros despanzurrados en busca de las joyas de los ricos y de los dientes de oro que llenarían

más tarde de aceite, manteca, bacalao, mandioca, tasajo y azúcar las despensas vacías de sus chozas”. (Renaud, 2016, p. 127-128).

COLOMBIA, por otra parte: víctima también de conflictos políticos entre conservadores y liberales, de guerras civiles interminables entre federalistas y centralistas, poder hegemónico y sectores oprimidos, de ambiciones personales desaforadas (las de un José Manuel Marroquín, entre otras), de una torpe negociación con los norteamericanos, lo cual culminó el 3 de noviembre de 1903 con la escisión y la pérdida definitiva de una parte del territorio nacional: el departamento periférico de Panamá, que se convirtió en una nueva nación. En *Relato de ceniza* le tocará a Arístides, el hombre de Barranquilla, ex maestro rural que se ha resignado por necesidad a trabajar en el Canal, y que se pasa la vida mascando su resentimiento contra el poder central colombiano, instruir a Cypris.

“La mayor parte del tiempo Arístides le hablaba pestes de los yanquis, que habían provocado por interés la escisión de su país, y también de los de Bogotá, esos capitalinos blandengues y ombliguistas incapaces de defender lo suyo, que siempre se habían desentendido de la provincia periférica de Panamá y ahora se la pasaban lloriqueando como mujeres. Igual que el Boabdil ese, moro sin estómago, después de perdida Granada. ¡Y mejor no hablar de los de la nueva nación, vendidos sin pudor al oro americano! Pero verían, cómo no, algún día el pueblo los obligaría a rendir cuentas, a recuperar la dignidad y el Canal. A lo que le contestaba Cypris que en todas partes cuecen habas. Martinica... Su tierra... Saint-Pierre... Y pasaba a contarle a él, un extranjero, la gran desgracia de 1902 y los manejos sórdidos de los políticos de allí, ya que sus jóvenes compatriotas le daban a entender que los fastidiaba con tanto machacamiento” (Renaud, 2016, p. 160).

Por este personaje entrañable, falsamente secundario, pasan la revelación y la crítica. Arístides es quien permite una visión distanciada del pasado y el presente, y comentarios no exentos a veces de una violenta lucidez. Él es quien aborda brevemente, pero de modo contundente ante un Cypris intrigado, el tema de la Guerra de los Mil Días.

“Total: un ojo reventado para mi primo, una pierna amputada para mi padre, que insistió en acompañarnos porque se sentía joven todavía y no quería quedarse en casa

con el mujerío, y un montón de osamentas y de odios regados por todo el territorio de la República” (Renaud, 2016, p. 210-211).

¿Qué francés en el Hexágono sabía de esta guerra?, antes que, en 1967, *Cien años de soledad* la rescatara del olvido, así como, dicho sea de paso, el episodio casi irreal de tan horrible, en 1928, de la Masacre de las bananeras⁶.

Los de la Francia de ultramar, en cambio, no necesitaron pasar por el conocimiento libresco para tener un acceso directo, aunque fragmentario, evidentemente, a esta larga tragedia (1899-1903) de la Historia colombiana. Si en mi novela es imaginario el encuentro entre Cyparis y Arístides, es harto plausible, casi insoslayable. La promiscuidad, la nostalgia, el sufrimiento físico y moral común, la cultura caribeña compartida son propicios al desahogo, al conocimiento mutuo, al descubrimiento de paralelismos culturales, sociales y políticos, en las breves charlas y veladas entre reclutas autorizadas por la vida extenuante del barracón. Con el tiempo, la barrera de la lengua (el contrato era por 2 años) se atenúa, crece la confianza, permitiendo el reforzamiento de los vínculos.

La Colombia de *Relato de ceniza*, tal como la evoca Arístides, dista mucho de ser el fantasmagórico país del oro, la plata, las esmeraldas, la parranda, aunque la música tradicional para él, lo mismo que para Cyparis el martiniqués, tan amante del baile cuando joven, es un valioso refugio que le permite no perder pie en el entorno hostil del Canal. Guacharaca de lata, acordeón y tambor se respaldan mutuamente.

“—Bueno, mejor nos tocas algunas notas, un vallenato romántico, Arístides, como ése del río Magdalena que te salió tan bien el otro día. O una puya... que sin la puya no se puede ganar. Oye, hombre, parece mentira, qué rápido aprendiste a tocar el acordeón de los alemanes...

⁶ *Décembre 1928. Le massacre des bananeraies en Colombie*, por Hernando Calvo Ospina (periodista, escritor y realizador colombiano residente en Francia). Publicado en el blog del *Monde diplomatique*, el 16 de diciembre de 2010.

El colombiano sonreía complacido; no era Francisco el Hombre ni mucho menos, pero aceptaba muy gustoso la enhorabuena. Pedía a veces a Cyparis que lo acompañara con su guacharaca de lata, que le había enseñado a rascar como Dios manda, pues el martiniqués al principio sólo entendía de tambores” (Renaud, 2016, p. 166).

Gravemente herido en su virilidad en la Guerra de los Mil Días —información que irrumpe tardíamente en la novela provocando el estupor—, el personaje cumple una función de testigo y mentor, consciente de los resortes económicos y políticos que mueven el mundo del Canal en el que está inmerso. No se le escapan la codicia de las autoridades panameñas, su sujeción al poder de los Estados Unidos, la total ausencia de soberanía del país. Ni tampoco la oblicua forma de semifeudalismo imperante, la inhumanidad de la Compañía, racista, y desleal, negándose en 1914, al terminar la construcción del Canal, a pagar los gastos de repatriación de los trabajadores conforme a lo estipulado en el contrato. Una nación desconcertante, punta de lanza del progreso técnico, vanguardista en extremo, y ancestral al mismo tiempo, dura y por momentos acogedora, ésa es la Panamá caribeña otrora colombiana en la que bregan para sobrevivir Arístides, el melancólico, el indignado, y Cyparis, el inquieto amante de Victorine dispuesto a aguantarlo todo con tal de permanecer junto a ella.

Buen analista del mundo en el que vive, antimilitarista, Arístides es el que aconseja a Cyparis no volver a Martinica, «agarrarse como la garrapata a Panamá», a pesar de todo, para evitar salir para el frente, salvándolo muy probablemente de la muerte. (Esta opción fue, dicho sea de paso, la de no pocos martiniqueses que se casaron con panameñas, integrándose agradecidos a su nueva patria, como lo demuestran hoy las numerosas asociaciones de descendientes de antillanos.)

“Discurrieron otros quince años, de actos repetitivos, de banalidades, de estrecheces. Cyparis, en Panamá, sin Victorine, sin Jeff, sin Arístides, sin ninguna noticia del padre Henry que había dejado de escribirle desde hacía mucho tiempo, no era sino una cáscara vacía. Luchaba vagamente ahora por mantenerse derecho, sin mayores exigencias ni expectativas. Había escapado del lodo y los piojos de las trincheras europeas, del gas mostaza, de las caras monstruosamente mutiladas de las que huían

despavoridas las mujeres, con sus narices de metal buscando en balde tapar las terribles cavidades abiertas en la carne. Cada día que amanecía daba secretamente las gracias a su amigo barranquillero. Ya la hoja azulada de las bayonetas no le perforaba en sueños las entrañas, ni lo perseguían por el campo nevado bandas mudas de hombres sin cabezas. Pero el tedio alimentaba el tedio y las noches sin aire de la capital sucedían a los días de aplastante humedad” (Renaud, 2016, p. 214).

Verdadera conciencia americana de la novela, Arístides también permite rebasar la tentación, la crispación eurocentrista: si bien es cierto que la Primera Guerra Mundial que estalla en Europa en agosto de 1914, sorprendiendo a los reclutas caribeños del Canal, preludia masacres y estragos sin cuento en los múltiples frentes en los que amenaza con estallar, la Guerra de los Mil Días, por ser colombiana, no por eso resulta menos cruenta y devastadora. Tras ella, el debilitamiento del Estado colombiano había de conducir casi fatalmente a la separación de Panamá.

Calientes o fríos, los copos de ceniza o de nieve que planean sobre toda la novela, hostigando obsesivamente al protagonista Cyparis, tal vez puedan leerse como símbolos de la desgracia humana. Atenuada, sin embargo, por la indefectible y discreta amistad que une a Arístides, el caribeño continental, y Cyparis, el caribeño insular. Y por supuesto, también queda «el crespo manto» de la selva americana.

“—Anda, no te demores, múdate a la capital, Cyparis. No serás tú el único en hacerlo. El Casco Viejo, Santa Ana, el muelle de los pescadores, ahí sí que habrá trabajo para ti. La Exposición, Calidonia, tienes de sobra dónde escoger. Aléjate de Colón. No hay como los barrios populares, oíste. No te olvides. ¡Ciudad de Panamá, al otro extremo de la Zona! Estarás como una aguja en un pajar. Cuélate en el tren, baja al sur... Y en caso de emergencia siempre te queda la selva, ¿no es cierto?, que no han logrado dominarla los gringos. Acuérdate, la manigua de los cimarrones, de los mambises, de todos los fugitivos y luchadores de nuestra América. ¿Acaso en Martinica no te metías ya en ella cuando te apremiaban? Entonces nada está perdido”. (Renaud, 2016, p. 212).

Bibliografía

Bertrand, M. y Pailler, C. (2013). Présentation. Caravelle ou 50 ans de latino-américanisme en France. *Caravelle*, 100, 9-14.

León, O. G. de y Pardo, J. E. (1991). *Colombie à cœur ouvert*. Paris: Éditions François Majault.

Melo, J. O. (2016). *La mirada de los franceses: Colombia en los libros de viaje durante el siglo XIX*. Recuperado de http://www.jorgeorlandomelo.com/mirada_franceses.htm

Méndez, M. (18 de diciembre de 2016). 25 escritores eligen los mejores libros del 2016. Recuperado de <https://www.infobae.com/cultura/2016/12/18/25-escritores-eligen-los-mejores-libros-del-2016/>

Niedergang, M. (1969). *Les 20 Amériques latines*. Francia: Éditions du Seuil.

Renaud, M. (24 de marzo de 2010). Amores y desamores del realismo mágico. *Montevideoano-Laboratorio de Artes*.

Renaud, M. (2016). *Relato de ceniza o la vida zarandeada de Cyparis el Superviviente, de Martinica a Panamá*. Madrid: Editorial Verbum.